

El Willy

Año 1985 -

Si algo me rompía las pelotas en nuestro matrimonio era tener que pasar todos los sábados a buscar a Willy. Para colmo ese repugnante lugar lleno de mogólicos y deformados quedaba en el culo del mundo. Recuerdo que nos llevó seis meses de búsqueda encontrar un lugar lo bastante bueno para el hermanito de mi esposa, “el Willy”. Y aceptar que nos afanaran como si el coso éste fuera un diplomático parando en un hotel cinco estrellas. Pero el esfuerzo mayor fue y seguirá siendo, tratarlo como si lo quisiera, como si me llenara de placer ir a buscarlo para compartir con nosotros todos los fines de semana.

- Willy querido... ¡Cómo estás! Dame un beso Willy, vení, vení... vamos al auto. ¿Adiviná que vamos a hacer este fin de semana?

Ésa que habla es mi mujer, Maruja. Yo soy Osvaldo y ése que viene sacudiéndose por el pasillo como una marioneta manejada por un parkinsoniano es mi cuñadito, “el Willy”.

- Osvaldo- dice Maru – abríle la puerta a Willy y llevá el bolso. ¡Dale movete! Parecés en cámara lenta ¡Qué te pasa!

Hoy vamos al Tigre, a casa de los tíos de Maru, uno de los pocos lugares donde podemos ir con Willy y sentirnos medianamente cómodos. La tía Rosa hermana de la mamá de Maru, adora a sus sobrinos y no tiene una mejor manera de demostrarlo que contar ininterrumpidamente las historias de los chicos, allá en Mendoza. Ya he escuchado veinte veces cada pícara anécdota infantil de los nenes – así los llama la tía rosa – Por suerte compensa, callado como un sepulturero el tío Álvaro, el contable de la familia.

- Mee zzzishte mianeeshaa... Tiiiiia.

- ¡Claro mi amor! ¡Cómo pensás que la títa se va a olvidar del nene! Un montón de milanesas de pesheto con puré y ensalada. Tu plato favorito.

- Osvaldito –dice la tía- a vos también te gustan las milanesas ¿Verdad?

- Tía... ¡me encantan!

Yo la quiero a Maru. La quiero desde el mismo día en que la conocí, y de esto hace ya unos cuantos años. Fue en un baile de esos que se organizan para festejar el día de la primavera, en el club Montañeses de Newery y la vía. Me quedé duro cuando la vi, la muchacha más linda del baile, por supuesto no me animé a invitarla a bailar pero con disimulo, no le sacaba la vista de encima. Me

escondía detrás de otras personas y de las columnas para evitar que me descubriera, vacilaba pensando como acercarme a ella, pero no conseguí juntar coraje. Agobiado por mi fracaso me fui a llorar mi pena al patio del club, ése que hay que cruzar para llegar a la cancha de paleta. Ahí me senté en un escalón para sufrir en silencio mi insoportable timidez... *“nunca voy a conocer a nadie, soy un triste pajero, un pendejo...”* Iba por mi segunda botella de cerveza cuando sentí, mas que vi, una figura silenciosa en la parte más oscura del patio. De pronto tuve la seguridad de que alguien me estaba mirando, y pensé *–¿Será ella, ella que es tan tímida como yo y no se atreve a acercarse?–* Tal vez producto del litro y medio de cerveza que me prestó como un litro y medio de valor, el caso es que prendí un cigarrillo y me acerqué haciéndome el distraído hacia donde yo presentía su presencia. Ahí conocí a Willy.

Me sorprendí tanto que debo haber dado un respingo, esto lo asusto y comenzó a balbucear en su entrecortada lengua:

- Yoo shtoy toooando el freshco... noo me gushta adeentro. Yoo noo... yoo noo...

Y se quedó mirándome mientras sacudía su cuerpo, la cabeza ladeada sobre el hombro izquierdo y sus ojos asustados mirando de soslayo. Tal vez fue la impresión de encontrarme con alguien realmente disminuido o tal vez el hecho de sentirme tan infeliz como él... no se porqué, pero al rato estábamos los dos charlando o intentándolo al menos. Me contó que siempre venía con la familia al Centro, que el papá era de la comisión y la mamá era la profesora de piano. Yo le conté que estudiaba en el San Benito y que éste año estábamos haciendo el baile de la primavera acá con otros colegios de Belgrano. Que en realidad a mi no me gustaba bailar, que me parecía una boludez eso de saltar a lo loco y transpirar y bueno... Un poco como tratando de decirle que no se perdía nada, y yo tampoco. Encontramos rápidamente un tema en común, a ambos nos gusta leer, sobre todo ciencia-ficción. Estábamos por lanzarnos a revisar títulos cuando alguien se paró detrás de Willy y lo rodeó con sus brazos.

- Que tal, Willy, ¿encontraste un amigo?

- Ahh she, Maaruu... toy haablaandddo ccon... ¿Coomoo ttee yyamabaas voos?

- Ooo...Oghh... Oosvaldo... yo. - Fue mi brillante discurso.

Luego fuimos tres en el patio, fumando y mirando las estrellas y hablando de un millón de cosas, soy tímido pero boludo lo que se dice boludo, no. Me di cuenta de que el camino de entrada más directo al corazón de Maruja, pasaba por su hermano espástico. Lo miraba con una ternura que rayaba en la devoción, a partir de allí, me acerqué a Willy y cada vez que nos reíamos por algo lo palmeaba en el brazo y en una ocasión le ofrecí mi suéter porque me “pareció” que tenía frío. Y bueno, a los dos meses Maruja comentaba con su madre – ¡es un milagro! - Lo trata al Willy como a un hermano... ¡no te imaginas, mamá! Y me quisieron; la mamá, el papá y la Maruja... ah, sí, y el Willy también.

Nos casamos y fuimos inmensamente felices por tres años, sin una sola nube en nuestro idilio, salvo tener que llevar a pasear a Willy algún fin de semana que otro. Entonces cambió la suerte, los padres de Maru tenían una finca en Mendoza que daba para que vivieran holgadamente las dos familias. La nuestra enriquecida por mi presencia, y la de tía Rosa. En el verano del 90 volviendo de la finca, los padres de Maru sufrieron un accidente en la ruta. Fallecieron los dos. Nuestra vida cambió y nuestro plácido pasar se vio fuertemente sacudido, no en lo económico, por suerte, pero sí en nuestro estilo de vida. Al poco tiempo Maruja decretó que debíamos mudarnos a la casa grande y hacernos más unidos con el pobre Willy. Debimos abandonar nuestro cómodo departamento y mudarnos para “*juntarnos los que quedamos*”, como hubieran querido mamá y papá.

Cuando Willy comenzó con problemas pulmonares convencí a Maruja para ubicarlo en un lugar “ideal” para él. En realidad parte de verdad había en esto, Willy no solo tenía problemas de salud sino que además se aburría con nosotros.

Volvimos a tener una vida normal excepto los fines de semana cuando la familia se “reunía” y así pasó algún tiempo.

Año 1995-

- ¡Sabes muy bien que ya no podemos pagar el internado de Willy! Tampoco podemos pagar la cuota del auto ni las deudas de la finca... ¡No podemos pagar nada! ¿Qué pasa en tu trabajo? ¿Por qué no te ponés firme? ¿Cómo puede ser que te deban seis meses y que hace dos años que no te dan vacaciones ni aguinaldo?

- ¡Cortala Maru, por favor! ¡Parecés mas tarada que tu hermano vos! Te expliqué mil veces que no hay trabajo.

- ¿A quién llamas tarado vos? ¿A Willy llamaste tarado vos?

Nunca vi a Maruja en ese estado, parecía en trance, blanca, con los ojos grandes... Se acercaba a mí con las manos crispadas y las uñas erizadas como puñales. Fue el Willy quién la calmo.

- Dahe Marhu... noooo joodassh, chee... Dehaloo al Oshvaaaaaldo tranquiilo, dahee...

Aprendí ese día que jamás debía meterme con el Willy, salvo que quisiera suicidarme. Me llevó semanas conseguir que la Maru me volviera a hablar, pero creo que nunca volvió a confiar en mí... no como antes. Ahora su mirada se tornaba por momentos desconfiada, yo era el que llamó *tarado* al Willy, no se olvida algo así. Pero al menos pude convencerla que la crisis me había sacado de quicio, me estaba volviendo loco, como todos, porque los trabajos de toda la vida se evaporaban inexplicablemente... Ya nadie respetaba a nadie. La empresa podía elegir entre decenas de ingenieros que recorrían el país buscando laburo, y los que antes trabajábamos codo a codo, nos mirábamos con recelo... “*Este me quiere cagar a mi*”

Estudié para Ingeniero Agrónomo con la ilusión de convertir la finca en un modelo de eficiencia y productividad, además porque el papá de Maru me lo pidió. Lástima que no me vio el día que me recibí, eso fue dos años después del accidente. Si el viejo hubiera estado... Con el tío Álvaro no nos entendíamos, él siempre fue un tipo de números y pocas palabras, casi al revés que yo. Un día le dije a Maru:

- Mira Maru, yo me voy a trabajar a la Agrícola Platense, en la finca de tu familia no tengo nada que hacer... Tu tío no entiende de modernizarse ni un ¡carajo! Para él todo debe seguir igual que hace veinte años, cuando vivían tus abuelos. ¡Me voy a volver loco! Así, con esas pocas palabras me alejé de la fuente de nuestros ingresos más importantes y graciosamente dejé al tío Álvaro al frente de todo. Yo quería nuevos horizontes, demostrar a todos ¡cuánto valía!, y además estar lejos del tío.

Ahora tomo Valium para poder dormir y tengo gastritis y diarrea y que se yo cuantas cosas más. Con la Maru con suerte cogemos una vez por mes y eso en el mejor de los casos.

Cuando pensaba que las cosas no podían estar peor, empeoraron. El tío Álvaro reunió a la familia un sábado a la noche en la casa del Tigre, con Willy incluido, fuimos con desconfianza porque no parecía una invitación a comer asado, pero fuimos.

- La Cooperativa está fundida- nos dijo. –La Cooperativa más grande de Cuyo, se fundió y quedamos todos los productores enganchados, ¡es terrible!

Maruja me miró, Willy me miró, yo los mire a los dos. Luego miré al tío Álvaro.

- Perdón tío y que tenemos nosotros que ver con eso... digo.

- Hombreee, nosotros somos los fundadores de la cooperativa, vamos... Somos con los Ibarra de San Rafael y los Acuña, los fundadores... Somos solidarios con todos nuestros bienes.

Hasta el Willy gritó. Es kafkiano ver gritar a un espástico, sus manos se movían como molinetes y su cabeza parecía a punto de salir volando en cualquier momento, gracias a Dios fue imposible descifrar sus gritos. El tío Álvaro se ofendió, es del tipo de los que esperan medallas por haber perdido la batalla, me acordé del General Menéndez, el que rindió Las Malvinas.

Quedó solo la casa vieja de Belgrano y eso porque la mamá de Maru, vieja zorra, la tenía como bien de familia desde que nació el Willy. – *“para que nunca le falte un techo...”* - decía.

Las cosas no podían estar peor, eso creía. Siempre me equivoqué con una candorosa ingenuidad en estas cosas de la vida.

El día de Navidad el tío Álvaro se pegó un tiro, al lado del arbolito. Supimos después que medio valle de San Rafael y me quedo corto, metieron al tío en una causa penal por desfalco, eso si, con el Lalo Ibarra y Goyo, el menor de los Acuña.

La tía Rosa se mudó con nosotros, *“mamá no me perdonaría si la dejo en la calle”* dijo Maruja.

- Claro, claro... dije yo. Somos una familia... ¿no? – Y la Maruja me volvió a mirar como en los viejos tiempos.

Maruja consiguió una suplencia como profesora de música en un secundario y algunos alumnos particulares. Yo me convencí de que no me pagarían jamás los meses que me adeudaban y con mi experiencia y contactos hice valer mi título de ingeniero agrónomo y conseguí un trabajo de vendedor de alimentos balanceados en un molino, un buen trabajo. Me tocó la zona oeste, algunas veces se me hacía tarde para volver a casa y me quedaba a dormir en Luján o en General Rodríguez, en casa de algún cliente.

Año 2002-

A principios de año se me fundió el motor del Peugeot, no me extraña porque estos últimos tiempos fui un poco amarrete con el cambio de aceite. En parte me alegro, viajar en tren es más divertido y generalmente yo voy cuando los demás vienen y viceversa. Hoy por ejemplo me entretengo en ver como esperan ordenadamente los desocupados para pasar la gorra por el vagón. Es curioso como se organizan, en cuanto sale uno, comienza el otro... sin pausa. El que vende “La Solidaria” vendió un billete, la viejita con las lapiceras, nada, y la pareja de cieguitos se llevaron algunas monedas. Los que quieren “vender lástima” van muertos, la gente mira para otro lado. La única que tiene una buena estrategia es la nenita quemada, se para cerca de la gente y no se mueve, ni siquiera dice nada, después de un rato la mayoría dejan caer unas monedas en la bolsa que le cuelga del cuello. Como me la cruzo muy seguido, empecé a guiñarle el ojo cuando llega a mi lado, como un gesto de reconocimiento... *–yo te conozco-* le digo, y ahora me sonrío.

El guarda me mira y bajo la cabeza, es un buen tipo. Pasa a mi lado y no me pide el boleto, eso sí, para disimular delante de los demás pasajeros, debo hacerme el dormido, es un gesto mínimo para no comprometerlo al flaco. Me digo a mí mismo que la semana próxima le voy a traer un paquete de alimento para la perra, un paquete grande, hasta me acuerdo el nombre, se llama Laika, como la que viajó a la luna.

- ¡ Vos vivís en la luna !

- ¿Cómo dejás que te quiten el trabajo? ¿En qué estás pensando?

Maruja me mira llorando convulsivamente.

– Somos cuatro bocas y a vos un pendejo te saca el trabajo... ¿En qué estás pensando Osvaldo?

Tengo ganas de gritar. Tengo ganas de gritarle que es más tarada que el tarado de su hermano y también que el tarado del tío Álvaro. Que yo no puedo evitarlo, que tengo casi cuarenta años y por la mitad de lo que me pagan a mí, hay mil pibes que quieren hacer el trabajo, y que...

Pero me callo. No quiero seguir perdiendo.

Salgo al patio y me siento en el escalón más bajo. Estoy pensando... “*no voy a poder, no sirvo, soy una mierda*” y otra vez, como hace mucho, tengo la sensación de que me están mirando. Willy está bajo la sombra del níspero, ése que me contó la tía Rosa, que plantó el abuelo, hace...

-Oshvaaaldoo... eniii, haale... Enii a'shaarlaar conn igoo, haale.

El Willy planeó todo, hasta el último detalle. Lúcido, exacto y realista. Cuando el orgullo y la vergüenza eran mi última resistencia, me miró a los ojos y me dijo:

- Theeenesh mmiedo, mmieedo hee debeerme aalgo, ¿eh?

No puedo dejarme ver porque se va a la mierda el efecto, eso está comprobado, pero tampoco puedo dejarlo solo porque los otros vagos están atentos. La única vez que lo dejé ir solo le afanaron la guita, lo golpearon y casi lo tiran del tren. Si lo vuelven a lastimar me mata la Maruja.

Grande el Willy, hay que ver lo bien que labura. La vieja se quiere hacer la distraída y mira para otro lado, hace como cinco minutos que el Willy se le plantó al lado. Ahora está usando la táctica del hilo de baba, tiene un largo moco cristalino colgando de la boca que se bambolea al compás del tren y parece no caer nunca. Por fin la vieja se rinde y una moneda de las grandes va a parar a la gorrita que el Willy tiene en la mano. Cuando se da vuelta me mira, yo le guiño el ojo y él me sonrío, sesgado, desde abajo...

ricardo neves